

Apuntes contra un marido juicioso (El de Virginia Woolf)

por Bárbara Jacobs

Quien deja un Diario desea que éste sea leído.

La frase anterior puede ser refutada con diferentes hechos, razones y suposiciones. Que, por ejemplo, si se fabrican cuadernos con cerrojo, forrados de piel y con la palabra "Diario" grabada en oro, es porque se sobrentiende que lo que alguien escriba ahí permanecerá como secreto universal; o que, por otra parte, si es uso común guardar los Diarios en cajas fuertes o de seguridad es porque el autor de los mismos incluso paga para que sus textos no trasciendan al público; o que, para acabar, si alguien deposita en manos de un notario las páginas íntimas de su vida con la voluntad testamentaria de que su lectura, al menos durante tantos y cuantos años, se prohíba, es porque tiene el derecho humano de

decidir el paradero de los pormenores que constituyeron su existencia. Sin embargo, como los años pasan y como existen combinaciones y llaves que, acompañadas de curiosidad, abren cualquier cerradura, los cerrojos, las cajas fuertes o de seguridad y el aparato notarial entero resultan inútiles a la larga. De este modo en consecuencia, aquello que alguien registró con valiente profundidad y seriedad o con franca vanidad y pretensión no hace sino quedar finalmente al descubierto, para ser leído e interpretado por cuanto alfabetizado desee ocupar en su lectura algunas horas perdidas de su tiempo.

Así, es claro que la intimidad existe para ser franqueada y que cuanto se oponga a este principio no lo hace sino en apariencia, como un espíritu





Virginia Woolf

travieso que se vale de diferentes formas de coquete-ría, es decir, de carnada, para que cierto lector, por favor, pique el anzuelo. Recuérdese, si no, que Samuel Pepys escribió su *Diary* en clave, pero recuérdese asimismo que la clave era descifrable. Otro caso memorable es el de Kafka, que contó con que su amigo Max Brod lo desobedeciera y, de ese modo, no destruyera su obra, aun cuando ésta no fuera exclusivamente un Diario.

De lo anterior al paso siguiente no hay más que una brecha insignificante: lo que uno no quiere que se conozca no lo escribe y, menos, en un Diario que, aun considerando lo dicho, lo hace sentir a uno, si bien momentáneamente, tan seguro y confiado como en un confesionario, seguro y confiable sólo momentáneamente también. Piénsese en Eugene O'Neill, que rompió, con la ayuda de Carlotta, su mujer, innumerables manuscritos a los que ella, en frente de él, prendió fuego una oscura tarde de invierno al final de la vida de aquél. O, para aternos sólo a los Diarios, adviértase que lo que no contiene el *Journal* de Katherine Mansfield es lo que ella misma destruyó, si vamos a creer en lo que nos cuenta su viudo, John Middleton Murry.

Con lo que antecede se puede encontrar fundamento, entonces, en la conclusión que inicia estas líneas. Quien deja un Diario, decía, desea que éste sea leído, por más trucos que aparenten lo contrario. De otra forma, no lo escribiría.

Sin embargo, en 1953, Leonard Woolf, esposo y guardián obligado de los veintiséis volúmenes que constituyen hasta hoy el diario que llevó Virginia Woolf de 1915 a 1941, se toma la reprochable libertad de manufacturar *A Writer's Diary*, brevísima sucesión cronológica de extractos a juicio de él pertinentes a la vida de Virginia Woolf como escritora, y de la que omite cuanto, asimismo a juicio suyo, si bien no habría dado más luz sobre la vida de Virginia Woolf como escritora, en cambio sí habría dañado, o por lo menos perturbado, la vida de aquellos a quienes ella alude.

Que Leonard Woolf suponga que lo que se relaciona con Virginia Woolf como escritora es únicamente lo que ella registra de la literatura en general y de su vida y oficio literarios en particular, es opinión de él. Yo creo, contrariamente, que *todo* lo que se relaciona con ella se relaciona con ella como escritora, por lo que, de acuerdo con lo que el quizá demasiado explicativo Leonard Woolf señala en su prólogo, omitir algo de lo que se relaciona con ella es distorsionar su imagen. Así que él la distorsiona con premeditación, alevosía y ventaja, ¿no? Además, estoy segura de que, si no los propios protagonistas de los cuantiosos pasajes que él hizo a un lado, sí la Literatura habría preferido que los protagonistas sobreprotegidos por Leonard Woolf pasaran a la historia bien montados en el carro conducido por Virginia Woolf, y no sugeridos por aquél.

El Diario de una escritora (o de un escritor), es, más que un borrador de autobiografía, más que un ejercicio en afanosa búsqueda de comunicación, o de comprensión, más que un vicio por exceso de aislamiento, o de habilidad con las palabras; más que, en fin, un testimonio de un periodo, o de una etapa, parte acabada de toda una obra literaria y merece, por lo tanto, e independientemente de lo auténtico o ficticio, de lo valioso o prescindible que sea, un respeto absoluto. ¿Qué nos parecería, en la historia de la literatura, que quien hubiera preparado para su publicación *Het Achterhus*, de Ana Frank, hubiera censurado por compasión humana el nombre del delator?

Cuando uno tiene presente que Virginia Woolf dudaba del valor de cada una de sus obras mientras no fuera aprobada por Leonard Woolf, a quien ella siempre concedió el privilegio, aunque por humildad o inseguridad sostuviera que se trataba de una necesidad, de ser su primer lector y su determinante crítico; cuando uno tiene presente que Virginia Woolf, a pesar de ser la autora de *A Room of One's Own*, tuvo el gesto de no firmarse Stephen, entonces uno se indigna intensamente, bueno, más o menos intensamente, con Leonard Woolf, su protector puritano y obsoleto, que, incluso en lo que sí permite que pase por su filtro omite aquí y allá palabras o frases completas (¿en forma invariable relacionadas con él?) tras la justificación de que en el manuscrito aparecen ilegibles, uno se indigna con él, bueno, más o menos se indigna con él, y en señal de protesta, por demás inútil, debería negarse a leer *A Writer's Diary*, libro que finalmente no es sino una violación, aunque temporal y parcial, de la voluntad que movió a Virginia a escribir un Diario para que fuera leído.

Ni siquiera me atrevo a imaginar lo dolida que se sentirá Virginia Stephen, cada vez que un lector abra *A Writer's Diary* y se dé cuenta de lo que hizo Leonard Woolf de su Diario. Lo que sí me atrevo a hacer es tratar un último cabo de la historia de Virginia Stephen. Lo que hizo Leonard Woolf de su Diario equivale a lo que la Segunda Guerra hizo de su vida: al destruir sus casas, sus paseos, la parte material de sus días; al destruir su sentido del porqué de su existencia, destruyó su esperanza de que hubiera algo firme y significativo; destruyó, por último, su principio positivo de que valía la pena observar, y observar perpetuamente, como en la última anotación de su Diario recuerda que Henry James recomienda. ¿Para qué observar, para qué registrar lo que observo, para qué registrarlo y ponerlo bajo mi control, para qué ocuparme en controlarlo y entenderlo, para qué observarlo y registrarlo en vez de destruirme, diría Virginia Stephen desde su paraíso, si al final Leonard se encargara de descartarlo y menospreciar mi trabajo?

No tiene caso, realmente.